

(Agradezco al Dr. Carlos Pérez Villalobos, académico del Instituto de Humanidades, por su disposición a discutir conmigo el texto del Prof. Samuel Weber. También a la Dra. Andrea Kottow, profesora del Magíster en Pensamiento Contemporáneo del Instituto, por algunas oportunas distinciones de la lengua alemana).

"Hay algo podrido en la Ley". Esta son palabras de Walter Benjamin, que el Prof. Weber, cuya incitante conferencia parto por agradecer, citó hace pocos minutos. Empiezo por aquí, porque ésta ha sido, o al menos así ha sido presentada, una conferencia sobre Walter Benjamin. Y, como lo advertirán ustedes sin duda en pocos instantes, no es demasiado lo que alcanzaré a decir, en esta réplica, respecto al seguimiento que el Prof. Weber nos ha propuesto hacer de ciertos términos usados por Benjamin. Parto por la podredumbre de la Ley: con el carácter mítico que necesariamente reviste su fundamento (puesto que, como el mismo Prof. Weber lo mostró, fundamentar la Ley supone, de alguna manera, que la Ley está ya instalada. Erecto ya, en otras palabras, el Árbol del Conocimiento del Bien y el Mal, ya para siempre proyectando su sombra sobre el Árbol de la Vida).

Carácter mítico (sea bíblico o freudiano). O bien -secularización y Dialéctica de la Ilustración mediante, carácter inefable:

"La Ley —afirmó ese secularizador del psicoanálisis que fue Jacques Lacan en su Seminario III dedicado a la psicosis— está ahí *ab origine*. Está excluído, en consecuencia, preguntarse por el problema de los orígenes: la Ley está desde el inicio, desde siempre, y la sexualidad humana debe realizarse a través de ella."

Y, tras la mentira piadosa del mito, o de la soledad y el silencio donde ya no se cuentan historias, se perfila la figura inquietante (tanto, que los filósofos, con su proverbial prudencia, rara vez la nombran) de la Policía. Benjamin sí lo hace, en uno de los puntos más altos de su reflexión política, en su *Crítica de la Violencia* (o de la Fuerza), que el Prof. Weber ha tenido a bien evocar hoy.

No obstante, sólo hasta aquí sigo, en rigor, la estrategia de lectura de Benjamin del Prof. Weber. Y confieso mi renuencia en cuanto a seguir algunas de las sinuosidades del recorrido al cual el Prof. Weber nos invita, a partir de una opción terminológica del propio Benjamin. Se trata, precisamente, de la aparición, en *Destino y Carácter*, de la palabra alemana *Zug* (traducida por trazo, *trait*, o bien por "rasgo"), en vez de *Eigenschaft* ("propiedad", como en la novela de Musil: *Der Man ohne Eigenschaften*, *El Hombre sin Propiedades*). Digamos, de paso, que la

palabra *Zug* (*Der Zug*) tiene, en alemán otras, y curiosas acepciones: tren; corriente de aire; jugada (i.e. una jugada de ajedrez); incluso, como adjetivo, se dice de las aves "migratorias". Pero, más allá de estos detalles, quizás pintorescos, es claro que, mientras "propiedad" apunta hacia un atributo duro, substancial, mineral incluso, trazo o rasgo designan, por así decirlo, atributos blandos: no sustantivos sino más bien estéticos ("removibles", dice Weber). Así, aplicada al carácter, la palabra *Zug* lo ablanda, lo estetiza, lo des-substancializa: por ahí entonces el énfasis en la distinción *Eigenschaft-Zug* parece aportar en la dirección de aquello que, nos ha parecido entender, es el proyecto global del Prof. Weber: es decir, por una parte, discernir, tras la "modesta proposición" hobbesiana, y tras la promesa del sujeto autónomo, la sujeción y el terror; a la vez, mediante una lectura interna, discernir también allí la posibilidad, la *promesse de bonheur* de una "política del individuo", capaz de desplazar la hobbesiana política del sí-mismo soberano (y, a la vez, fatalmente súbdito). Si se trata, como en las palabras finales del texto que acabamos de escuchar, de abandonar una "esfera natural", sí, entonces es posible que el énfasis en el trazo o rasgo constituya un aporte en esa dirección.

Llama la atención, sin embargo, que Benjamín, al menos en un pasaje (citado por Weber), de su *Destino y Carácter*, complique el carácter neto de tal distinción, al referirse a un "rasgo singular" "*eines einzigen Zuges*", asociándolo, además, a un resplandor como el del sol que, en su visibilidad eminente, hace invisibles todos los demás. ¿No se desliza por aquí Benjamin nuevamente hacia una substancialización del rasgo? No lo sé. Y, por sobre mi desconocimiento, me asalta una duda más fundamental. Conocida es la imagen del Walter Benjamin cabalista. Para el cabalista, dice Jorge Luis Borges ("Vindicación de la Cábala"), "la Escritura [es] un texto absoluto, donde la colaboración del azar es calculable en cero." (OCI 211). Ahora bien, ¿es aplicable esta misma estrategia de lectura a un texto del propio Benjamin? ¿Cuánto hay de azar en un texto, no ya sagrado, sino profano? ¿Cuánto hay de *flânerie*, por usar otra expresión cara a Benjamin, en su propia escritura? ¿En qué pensaría Benjamin, en otras palabras, cuando decidió, si es que en algún sentido lo pensó o decidió, pasar de *Eigenschaft* a *Zug*, o a su solar *eines einzigen Zug*? Nuevamente no lo sé; quizás en esto el Prof. Weber pueda ilustrarnos. Y estoy consciente, por lo demás, que con esta interrogante voy contra-corriente de buena parte de la exégesis filosófica contemporánea, que tiende a instalarse en los intersticios de las palabras, de los conceptos, como si allí se alojasen misterios

tremendísimos a descifrar, y no el mero azar, la distracción, el polvo gris, la fatiga¹. ¿No es esa ilusión, literaria y metafísica, lo que políticamente habría que partir por disolver?

"*Einzigen Zug*", como el Prof. Weber también lo hace notar, es también la expresión usada por Sigmund Freud, en un texto (*Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, aparecido en 1921, el mismo año de *Destino y Carácter*). Allí, designa al rasgo singular (*single trait*) que haría posible la identificación de los individuos con un *Führer*, y la formación de la masa. No obstante, y sorprendentemente en un texto que invita a repensar la política, el Prof. Weber pasa directamente a Lacan: al "trait unaire" —trait urinaire, tracto urinario, es la algo obvia *boutade* de Lacan— como un nuevo indicio de la posibilidad de una singularidad que fuese irreductible a la Unidad.

Este paso es consistente con la *promesse de bonheur* —la política de la singularidad— que los textos del Prof. Weber discretamente insinúan. No obstante, es también un pasar de largo. Pasar de largo ante uno de los fenómenos políticos más salientes de la historia contemporánea: la irrupción de un actor extraño, la masa, tal como fue registrada no solamente por Freud, sino por un pensador que el recorrido ofrecido por el Prof. Weber no debiera quizás haber omitido. Me refiero a Elías Canetti, a *Masa y Poder* (aparecida, claro, mucho más tarde: 1960). Lo sugerente aquí es que la masa, tal como Canetti la caracteriza, no es un sujeto sino otro "impensado" de la humanidad hobbesiana. Es decir, una entidad que, en un plano lógico, tiene al menos tanto derecho a comparecer aquí en esta sala como el individuo del Prof. Weber. Y que, en el plano de la política fáctica (la cual, supongo, nos concierne), desde la Revolución Francesa, y particularmente durante la primera mitad del siglo XX, ha hecho sentir su peso aplastante (y que, conjeturo, desde la sombra -desde su post-moderna atomización- lo sigue haciendo).

En oposición a la situación hobbesiana, en la cual se trata de individualizar, es decir, de crear distancias, la masa aspira a la fusión. Escribe Canetti:

Sólo todos juntos pueden liberarse de sus cargas de distancia. Esto es exactamente lo que ocurre en la masa. En la *descarga*, se elimina toda

¹ La estrategia de leer lo insignificante como si fuese un texto sagrado es la base de la *Traumbedeutung* freudiana (*La interpretación de los sueños*). No obstante, esta misma estrategia autoriza la opción inversa: leer (como Spinoza, como Nietzsche, como Borges) la Escritura como un centón, un patchwork compuesto de retazos insignificantes.

separación y todos se sienten *iguales*. En esta densidad, donde apenas cabe observar huecos entre ellos, cada cuerpo está tan cerca del otro como de sí mismo. Es así como se consigue un inmenso alivio. En busca de este momento dichoso, en donde ninguno es más, ninguno mejor que los otros, los hombres devienen masa. (pp. 13-14).

No es esta la ocasión, por cierto, de comentar más en detalle el concepto de "masa". Digamos solamente que aloja en sí dos posibilidades que la concepción hobbesiana del súbdito había tratado de excluir: la de la horda y la del rebaño, la del lobo y la de la oveja (mejor: la del lobo que es a la vez, oveja). Y, también, que a partir de la segunda mitad del siglo XX (en la sociedad post-moderna, post-industrial, mediática), la masa, descorporalizada, deja de ser temiblemente tumultuosa. Y, finalmente, que si la descarga que, para Canetti, eliminaba toda separación, era capaz también, y por consiguiente, de eliminar el miedo (es decir, de suspender temporalmente la vigencia del rasgo singular que la antropología hobbesiana había sabido discernir: el miedo a la muerte, ese supremo igualador), estaríamos sentenciados ahora, más bien, a convivir a solas con nuestro miedo (salvo por el fugaz consuelo de una bebida fuerte, de una droga, de algún sueño, mediáticamente inducido).

Termino, así, este comentario, prescindiendo de la muchas veces infaltable *promesse de bonheur*. Y es que, como escribió alguna vez Adorno (*Minima Moralia*), repitiendo a Francis Bradley, "*when everything is bad, it is the good to know the worst*".